



CANTO QUINTO.

ARGUMENTO. — Desciende el Eterno acompañado de Elohá al monte de los Olivos. — Encuentra á las almas de los seis Magos de Oriente que al nacer Cristo fueron á adorarle en Belén. — Al atravesar la via lactea pasa el Eterno cerca de cierta estrella habitada por una raza de hombres inmortales. — Conversa con sus hijos el Padre de la dichosa raza y canta un himno al Eterno. — Llegado Elohá al Monte de los Olivos intima á Jesus que comparezca ante su juez y responde el Mesías á su llamamiento. — Adramelec, oculto á la inmediacion del Salvador, intenta burlarse de él, pero se ve precisado á huir. — Vuelve el Mesías á reunirse con sus discípulos. — Pasa la primera hora de las angustias, y de nuevo se presenta á su juez. — Abdiel-Abadona, que buscaba al Mesías, le ve sin conocerle, y se aleja destrozado el corazon por el espectáculo de los padecimientos de que ha sido testigo. — Despues de la segunda hora de angustias, vuelve Jesus á comparecer ante su juez. — Son tales los tormentos que padece que los ángeles mismos no pueden soportar su vista. — Solo Elohá permanece á su lado. — Levántase por fin Jesus; pasó la hora tercera de angustias y remóntase el Eterno á su trono.

Sentado está Jehová sobre su trono en todo el esplendor de su magestad suprema; y en pié á su lado manifiesta el divino Elohá el santo terror, que la insólita severidad de su dueño le inspira, por medio de este canto solemne:

« ¡Cuan terribles son, Dios de Justicia, los relámpagos que tus ojos lanzan sobre la tierra! ¡cuan espantosas las mil voces de trueno que braman sobre los valles del antiguo Eden! Errantes estrellas derramaban en aquellas regiones sus pálidos destellos de luz: miráste las y dejaron de existir. A influjo de tu mirar amenazador, se detienen los innumerables globos que celebran tu gloria en sus eternas órbitas; guardan silencio los seráfines y los millones de ángeles creados para cantarte á tí. Todos se han cubierto los rostros con las alas y esperan que les permitas entonar un himno en honra de tu hijo. ¿Cual es, ¡ó Ser inconmensurable! el pensamiento inmenso que te preocupa? ¿será un pensamiento de destruccion? ¿Quieres juzgar al universo y aniquilar el imperio de Satan? Préstame, si así es, el mas temido de los rayos que guardan en su seno las tempestades; préstame la mas sombría de tus noches; préstame sobre todo un destello de tu omnipotencia, y yo iré á esterminar á esos espíritus de maldicion que no conocen el arrepentimiento. Y sea su Príncipe borrado del libro de la vida de los inmortales; y del fondo de los

infiernos suban hasta el cielo los lamentos de su desesperacion, y viéndole y oyéndole los orbes, díganse unos á otros: ¡Un pensamiento del Eterno ha hecho desaparecer de lo infinito al Genio del Mal! — Perdóname, Señor, si me atrevo á suponerle tales designios, pero todo respira en tí la indignacion de un juez, de un juez sin misericordia. Vanamente discurre mi memoria hasta los tiempos anteriores á la existencia de los mundos; nunca me has parecido tan temible. Tú que eras todo amor, eres ahora todo venganza, todo ira, ¡y yo he osado hablarte, yo, vapor efímero animado por tu divino aliento!... Perdona tanta audacia á tu criatura, á la criatura de tu pensamiento. No vuelvas hácia mí, Padre celestial, esas miradas que fijas sobre la tierra, porque me aniquilarías, si no me hubieras tú creado para la eternidad. »

Y Jehová responde:

« Voy á juzgar el Mesías, al que se ha interpuesto entre la humanidad y Yo, ¡al que es Dios y Hombre al mismo tiempo! — Sígueme Elohá. »

Dice, y se levanta; y al dejar su trono resuena ese como las arpas de los seráfines cuando celebran una fiesta celestial; y tiemblan los montes del cielo, y con ellos el altar de la redencion; y las *santas tinieblas* pasando y volviendo á pasar hasta tres veces por delante del santuario descubren

sus sagrados escalones. Bajólos el Eterno y dejóse caer hácia la tierra.

En aquel mismo instante se apartaba de ella un serafin, seguido por las almas de los Magos que, guiados por una estrella, fueron á Belen desde remotas regiones del Oriente para adorar al niño nacido de María.

Hadad, el primero de esos Magos, deja en la tierra á la mas encantadora de las mugeres, cuya fresca y pura beldad se desarrolla á la sombra de los espesos y magestuosos bosques, embalsamados por el *Batrum*¹. Mas no le llora la joven viuda, porque seguros aquellos esposos de la inmortalidad del alma consideran á la muerte como tránsito desde la vida de un dia á la vida eterna, en la cual la palabra cruel de *separacion* no destroza nunca los corazones dominados por noble y casto amor.

Selima ha soportado con valor todas las angustias de una larga y tempestuosa existencia: el último momento de la vida ha sido para su alma el primer albor de la bienaventuranza.

Simri se constituyó el amigo y consejero de los

¹ *Batrum*, es el nombre botánico de cierto arbol de la India que produce la sustancia aromática conocida con el de *malabatum* entre los Romanos, que la apreciaban infinito. Creen muchos naturalistas que esa resina olorosa sea la misma cosa que el *almughim* de los Indios, perfume que Salomon esportaba de la India con otros muchos preciosos objetos. — T. F.

hombres, y los hombres le rechazaron sin comprenderle. Solo uno, conmovido por la moribunda voz del sabio, le ha prometido que vivirá segun su ejemplo; y Simri ha dejado la tierra con la dulce certidumbre de haber sido util en ella.

Pobre y oscuro ha muerto Mirja; y sin embargo sus cinco hijos bendicen su memoria, porque los ha educado para la virtud y la sabiduría.

Digno del trono para el cual le creó el cielo, Belled ha sabido perdonar las injurias; y dividiendo el cetro con el mas cruel de sus enemigos, hizo de este un hombre tan grande y noble como él mismo lo era, y ganó un amigo cuya tierna solicitud ha embellecido sus últimos instantes.

Enseñó Sunith á los pastores que moran en los bosques de las riberas del Papar¹ á que cantasen al niño de Belen; con él le cantaron tambien sus tres hijas. Estan sentadas ahora sobre la tumba de su padre, y cubiertas con largos velos de luto, unen los lúgubres acentos de sus arpas al murmullo melancólico de los cedros y de los arroyos de Jedidot².

Tales son las almas que despues de haberlas revestido de aereos cuerpos conduce el serafin á su celeste morada. — A la vista de Jehová, que pasa

¹ Rio de la Siria que corre inmediato á Damasco. — T. F.

² Region de la Siria al pie del monte Libano. — T. F.

rápido y terrible, clama el ángel: « ¡He aquí al Eterno! » — Selima se estremece al oír aquel nombre, y osando por vez primera servirse de su voz de inmortal, cuya celeste armonía á él mismo le sorprende, hiere los espacios con estas palabras que á su Creador dirige:

« ¡O tú, á quien mis ojos contemplan enagenados de placer! ¿qué nombre te daré? ¿Debe llamarse *el Eterno*, Jehová, Juez, ó Creador del universo? ¿ó bien Padre del Dios que se hizo hombre en Belén, y que mis compañeros y yo adoramos los primeros sobre la tierra? Con clamores de alegría y de felicidad te saluda mi alma inmortal, suave emanación de tu aliento divino; mi alma que siente que todo eres amor y misericordia, y á quien sin embargo pareces ahora terrible y amenazador. No es á mí á quien vas á juzgar, no; al sostenerme en la agonía tu serafín me anunció que mi espíritu había hallado gracia ante tí. ¿Irás á pronunciar la sentencia de muerte de todos los hijos de Adán que aun desconocen á tu Hijo? ¿irás á aniquilarlos, y con ellos á la tierra que habitan? No, porque no eres inexorable, y tu Mesías se ha ofrecido en holocausto por la especie humana, y él la rescatará. ¡Salve, salve, Padre del Salvador de los Hombres!»

Calló, y él, y sus pios compañeros se postraron ante el Eterno que proseguía su camino al través

de las estrellas. Elohá sigue al Eterno sobre el mismo carro de fuego que en otro tiempo arrebató á Elías en la montaña de Dotán¹, desde la cual la vista del asombrado Eliseo le siguió hasta la entrada de los cielos.

De pié sobre aquel temido carro sujeta el divino Elohá con la serenidad que la fuerza inspira, á la tempestad que brama delante de él. A impulso del furibundo soplo de esa, conmuevese el carro, cimbréase y cruje el aureo eje; y la cabellera y vestiduras del ángel, parece que huyen á su espalda como arremolinadas nubes que el águila atormenta. En la diestra lleva un rayo el serafín, y á cada uno de los sublimes pensamientos que surcan su frente retumba el trueno en la infinitud del espacio.

En tal forma corre el mayor de los serafines millones de leguas solares, leguas inconmensurables para el humano pensamiento, y que los inmortales miden por las distancias que median entre los soles.

Acaba Jehová de llegar al océano de estrellas que nosotros llamamos *via lactea*, y los inmortales *Campo del Reposo*, porque allí fué donde el Eterno se detuvo cuando dió á la reciente creación su primer sábado. En su rápido vuelo hácia la tierra, rózase entonces con una de las innumerables y pací-

¹ Montaña de la Palestina. — T. F.

ficas estrellas que estan habitadas por seres revestidos de cuerpos semejantes á los de los hijos de Adan, pero cuerpos inmortales como las almas que encierran, porque esas se han conservado dignas de su celeste origen.

Ya un número infinito de siglos se ha acumulado sobre la cabeza del padre de aquella dichosa raza; y sin embargo brilla aun su rostro con todo el esplendor de una belleza varonil é imponente. No se han debilitado sus ojos que contemplan con bondadosa protectora expresion á sus infinitos nietos; no se ha secado en ellos la fuente de las lágrimas de alegría y de amor, ni se han cerrado sus oidos á los acentos de su gozosa familia, ni á los himnos de los serafines, ni á la voz del Eterno cuando se digna despertar á los ecos de lo infinito.

Esa voz, repetida por los celestes cánticos, acaba de llegar hasta él; escúchala y sonriese con su amada, que, siempre lozana y bella, solo se distingue de las jóvenes desposadas y de las vírgenes, de las cuales es dichosa abuela, en cierto aire de magestad maternal que se advierte en su persona, y que inspirando amor impone respeto.

Bello é imponente como entrambos, su primogénito está sentado á sus pies, y en las amenas colinas de los alrededores confianse sus tiernos secretos los jóvenes amantes; hermosos niños en cuyas flotantes cabelleras se enlazan tempranas flo-

res, triscan y bailan; y sus graciosas madres vienen á interrumpirlos en sus inocentes juegos para llevarlos á los brazos del padre de todo aquel linage, quien los bendice, y, devolviéndoselos á las madres, fija la vista en el camino que sigue el Eterno, le señala con la mano, y con sonora voz esclama:

« Vedlo ahí al Dios que á todos nos ha dado la vida: á mí que soy vuestro padre, á vosotros hijos míos, á esos valles sembrados de flores, á esos montes coronados de nubes. Si como á nosotros, hubiera dado á los valles y á los montes ojos para contemplar el espacio, oidos para escuchar las celestes armonías, voz para unirse á ellas, alma para adorar á su creador, les diria yo: Magestuosos cedros que le habeis visto desaparecer bajo nuestra verde sombra, olas impetuosas del torrente que le habeis visto caminar por vuestras orillas, referidnos como se apartó de estas regiones despues de habernos llamado á la vida á mí y á mi dulce compañera. Imita, brisa embalsamada, con tu suave murmullo el rumor de sus pasos cuando atravesó las colinas de bosques entapizadas, que ahora halagas con tímido aliento. Globo terrestre, píntanos al Eterno tal como le viste cuando pasó sobre tí, sembrando en el espacio soles con la una mano, y estrellas con la otra. ¡Permite, ó Jehová, que segunda vez vuelva á contemplarte: disipa la nebu-

losa noche que te circuye; aclara tu frente de los vengadores rayos que la encubren! ¿Cual es, ¡ay de mi! el perverso pueblo, la horda maldita que así ha podido provocar tu ira?... Una sospecha, un temor espantoso, se presentan á mi pensamiento... Escuchadme, amados hijos míos; voy á confiaros un secreto, que no os he revelado largo tiempo hace, por no turbar la dulce paz de vuestras candorosas almas. Lejos, muy lejos de nosotros, en uno de esos globos casi imperceptibles que al parecer dormitan en un oscuro rincón de la inmensidad, viven unos seres cuya forma exterior es semejante á la nuestra; pero que han perdido la inocencia y el sello de la divinidad con ella. Viven apenas lo que dura uno de nuestros rápidos pensamientos, y van en seguida á aniquilarse en brazos de la destrucción... ¿Dudais? ¿Os parece imposible que una criatura del Eterno pueda dejar de ser? Teneis razón; porque sus almas son inmortales, y únicamente su cuerpo amasado con tierra, es el que vuelve á la tierra, y se convierte en polvo, y á esa transfiguración la llaman ellos muerte. Entonces el destello divino que animaba al cuerpo, huye de él y comparece ante el trono del Eterno, en quien con harta frecuencia halla á un juez irritado.... ¡Huye lejos de nosotros, imagen terrible: solo el pensamiento del Creador puede sufrirte! ¡Para una débil emanación de ese pensamiento demasiado es

ya el detenerse ante el lecho de muerte de una criatura de Dios, contemplar sus ojos que se velan, se oscurecen y nada ven en la tierra ni en los cielos! ¡Todo es en torno suyo tinieblas y silencio, ninguna voz humana hiere sus oídos, ni aun la de la amistad, ni la del amor tampoco! ¡En vano intenta su lengua helada proferir balbuciente el último adiós; exhala su pecho un largo gemido; frío sudor baña su frente, los latidos de su corazón son cada vez más lentos, cada vez menos frecuentes, y acaban por cesar para siempre! De esa manera se estingue la virgen en los brazos de su desesperada madre que en vano llama á la muerte; así exhala el adolescente su último suspiro en el seno del desdichado padre de quien era única esperanza; así son arrebatados los tiernos padres á sus hijos aún niños que pierden con ellos su amparo y guía; así muere la enamorada doncella á vista de su prometido esposo; así el mancebo antes su inconsolable amada. ¡Amor! divina esencia de la divinidad: hay entre los hijos de esa tierra desdichada algunos corazones generosos que sin comprenderte, se han conservado bastante puros para adivinarte al menos, como adivinamos nosotros la presencia de un serafín por la sombra que las nubes proyectan sobre nuestras montañas, y sin embargo: ¡oh Jehová! ¡no te apiadas de los desgraciados á quienes un solo reflejo de amor eleva en ocasiones hasta

las mas sublimes virtudes! ¡Permaneces sordo á sus desesperados clamores, cuando te suplican que retardes una hora, un segundo el terrible instante de la separacion del cuerpo y del alma! »

Calló porque los sollozos de sus descendientes cubrian su voz. Los hombres estrechaban las manos de sus hijos; las madres enlazaban con trémulos brazos á sus hijas; los niños imprimian sus labios en los llorosos ojos de sus amados padres; y abrumado por santo dolor reclinaba el amante su cabeza sobre el corazon de su amada, como si temiera que aquel corazon pudiese tambien algun dia dejar de latir.

Mas el padre del inmortal linage, estrechando contra el pecho á su compañera, continuó en voz tierna :

« ¿Será en efecto la tierra el objeto de la cólera del Eterno? ¡Oh si supierais cuanto os amamos, desdichados hermanos, como nosotros nacidos para la inmortalidad; cuanto nos hacen padecer vuestros males : por piedad de nosotros no hubierais irritado á vuestro Creador! Si el globo que habitais ha de convertirse para vosotros en tumba, si el abismo luego ha de tragarse esa inmensa tumba : la eternidad será para nosotros un duelo interminable... No, Padre misericordioso, no los aniquilarás : tú les has enviado á tu hijo para que los redima de la muerte eterna, y resucitarán, y un dia

los veremos. ¡Ah! dignate decirme que el Mesías de quien tantas veces me han hablado los seráfines ha ido á morar entre ellos para salvarlos!... No me respondes, y siempre amenazador continuas descendiendo hácia la tierra... Tu voluntad es incomprendible : cúplase en todo, Dios de justicia; los inmortales, las sagradas regiones te adoran en silencio; los hijos de este globo terrestre se prosternan ante tí en el polvo; los sublimes seráfines te contemplan en el esplendor de tu omnipotencia y leen los eternos decretos en tu divina frente : cúplase tu voluntad, ó Jehová!

Dijo, y sus miradas siguieron á lo lejos al Eterno que ya frisa con la espesa atmósfera de la tierra.

Desde lo alto de su carro de fuego, que flota sobre nubes agrupadas como inmensas montañas, diviso Elohá al Mesías, se detiene, hace bramar al trueno y dice :

« Tu poderio es infinito, Hijo del Eterno, pues que te sientes con fuerzas para soportar la sentencia que va á pronunciar tu Eterno Padre. ¡Oh! si yo pudiera hacer que descendiese sobre la tierra un rayo de esta luz que ilumina los misterios de lo infinito y los aclara!... Prostérnate, Elohá, y adora en silencio; regocijaos, hijos de la tierra, porque en breve será igual vuestra felicidad á la de los seráfines. »

Calló y tendiendo el brazo sobre la tierra, la bendijo en su pensamiento.

Llegado es el Eterno al monte de los Olivos, envuelto en la mística hora de la noche que el bronce anuncia con doce misteriosos sonidos¹. Al través de ese velo, trasparente para todos los que no son mortales; ve la tierra cubierta de pecados y erizada de altares consagrados á falsos dioses. Los crímenes pasados y los futuros crímenes salen de los abismos á donde arrastran á las generaciones, que al propio tiempo la mano severa de la conciencia conduce ante el supremo tribunal. Desciende del cielo un rumor lastimero; en las trémulas alas de los vientos suben al empuje los suspiros de la virtud atormentada en la tierra, y los sollozos de las víctimas que espiran en los campos de batalla; y presta el trueno su voz á la inocente sangre de los mártires, para clamar venganza en la inmensidad del firmamento.

¡Dios medita!... Su mano sostiene al universo próximo á convertirse en polvo, á perderse en lo infinito... Vuélvese á Elohá: compréndele el serafín y remóntase inmediatamente á los cielos, mas

¹ *Frenisements*, dice la traducción francesa; mas esa palabra, que aquí significa *repercusion* de cuerpo sonoro, traducida literalmente hubiera producido muy mal efecto en castellano. Por eso la he reemplazado con la voz *sonido*, que explica claramente la idea del autor. — T. E.

sin apartar la vista del monte de los Olivos emboca la terrible trompeta que despertará un día á los muertos de todos los siglos; y por tres veces la hace sonar. Tembló la tierra, y despues de la tremenda salva, dijo el serafín:

« En nombre del que tiene las llaves de la inmensidad, del que dió llamas á los infiernos y soberano poder á la muerte. ¿Hay bajo de los cielos un ser que quiera comparecer ante ÉL en vez del género humano? — ¿Si existe, que venga, Dios le llama? »

Al escuchar la voz del angel, estremeciósse el Mesías que se hallaba al pie del monte de los Olivos; pero adelantósse y entró en el Santuario donde su Eterno padre le esperaba.

Si me fueran concedidas la penetracion de los profetas y la voz de los serafines, si la trompeta del juicio final estuviese á mi disposicion para repetir tus divinos pensamientos, tal vez entonces tuviera yo fuerzas para cantarte, Salvador del mundo, cuando luchabas contra la muerte y contra la ira de tu Padre; sí, de tu padre inexorable contigo por amor de los humanos. Espíritu del padre y del hijo: yo no soy mas que un debil mortal; ilumina y dirige mi pensamiento, y á despecho de mi nulidad, veré y comprenderé los sufrimientos de la agonía de todo un Dios.

Prosternado está el Mesías en el polvo de los